

SHOWMALIA 1992*

The Green Line, la Línea verde, así se llamaba la frontera imaginaria que dividía en dos la capital de Somalia. Mogadiscio sur era el feudo del General Aideed, que aseguraba ser el presidente electo. Mogadiscio norte era territorio de Ali Mahdi, supuesto presidente interino de un gobierno y una nación que habían dejado de existir meses atrás. Cada sector tenía sus propias reglas y moneda. Una ciudad, dos países.

Al alba del 8 de octubre de 1992 despegué del aeródromo Wilson de Nairobi, Kenia, a bordo de una avioneta con destino a la pista del norte de Mogadiscio. En el aire pensé en los griegos y turcos de la isla de Chipre, ellos también llamaban *Green Line* al coto que separaba sus comunidades. Me preguntaba cómo sería la versión somalí. El aterrizaje fue abortado por ráfagas de ametralladoras procedentes de las dunas colindantes. Los pilotos decidieron dejarme en el sur de la villa, en lo que antaño fue la terminal aérea internacional. Ahora era una zona de combate que cambiaba de manos con regularidad. Nadie se molestó en recibirme, preguntarme quién era o pedirme el pasaporte, en Somalia no servía para nada.

Médicos Sin Fronteras quería que fuera a Somalia para organizar un proyecto de ayuda sanitaria en pleno conflicto civil. Tim, un logista canadiense de humor corrosivo, se unió a mí para poner en marcha el programa. Pasados quince días, alguien me reemplazaría al frente de la misión y yo regresaría a España. En esas circunstancias, decidimos usar de nombres clave en las comunicaciones radiofónicas los de los personajes de Esperando a Godot, la tragicomedia de Samuel Beckett. Tim sería Gogo y yo Didi. La elección fue premonitoria, porque Godot nunca llegaba y en vez de un par de semanas pasé casi un año en Mogadiscio esperando a mi sustituto.

¡Mogadiscio! La Beirut africana. Tuve una sensación que ya conocía de otras guerras, lejanas en la distancia, frescas en la memoria. De lugares como Kabul, Kampala y Kuito. Tarde, había llegado de nuevo tarde, porque Mogadiscio también debió ser muy hermosa, pero siempre llegaba tarde, cuando la belleza se había convertido en cascotes. Hogares desvalijados y edificios desplomados como ogros abatidos de cemento. Testigos silenciosos de la violencia que allí descargó su ira. En los hoteles muertos se adivinaba la presencia de desterrados por el fulgor de las hogueras en habitaciones sin muros, primitivas colmenas humanas. A mediados de 1992, cinco millones de somalíes –las tres cuartas partes de la población– sufrían las consecuencias de las hostilidades. Tres millones necesitaban alimentos urgentemente y un millón de personas habían desertado sus aldeas para instalarse en campos provisionales en las ciudades. No había agua, ni electricidad, medicinas o pan. Sólo abundaban las armas.

Los somalíes son un pueblo hospitalario, orgulloso de su tradición poética oral y con un fuerte sentido del honor. Son también sobrevivientes y oportunistas natos. En los países vecinos, a Somalia se la conoce con el apelativo de “la tierra del dame algo”. Aquella temporada, la camiseta de moda entre los jóvenes era una de color amarillo con grandes letras rojas en el pecho que decían: *I AM THE BOSS* (El jefe soy yo). Alegoría del caos reinante, afirmación textil que resumía en cuatro palabras la compleja situación de una sociedad descarriada. El orden era un recuerdo del pasado. Las mujeres iban al mercado con el Kaláshnikov al hombro y las calles estaban en manos de los *technicals*, grupos de adolescentes pertrechados con ametralladoras que se desplazaban a velocidades temerarias en Toyotas robados a los que habían soldado un cañón en la mitad trasera.

La asistencia humanitaria enviada para aliviar la hambruna que causaba estragos entre los civiles se había convertido en una industria estratégica. En los caminos rurales y en las arterias urbanas, convoyes enteros de víveres eran secuestrados y saqueados. Aún así, encontramos la manera de desenvolvernos en el galimatías somalí, de la misma forma que lo hacíamos en sitios igual de peligrosos: Angola, Afganistán, Bosnia...

Vivíamos en una urbe donde podías ir a pie a la línea del frente, rodeados de gente armada en nuestra propia morada. La violencia se volvía peligrosamente cotidiana. Yo, objetor de conciencia en España, cumplía la prestación social substitutoria en Somalia al mando de un ejército privado de medio centenar de guardas armados que nos protegían a todas horas. ¿Qué fue de mis principios? A mi modo, era un modesto aprendiz de señor de la guerra. El grado de adaptación llegaba a tal extremo que se invertían los términos de la normalidad: cuando no oías disparos en la calle durante un rato tenías la sensación de que algo andaba mal. Al final de la jornada, nos sentábamos en la terraza de casa a contemplar la villa a nuestros pies. Las llamadas de los mucines desde los alminares, la puesta de sol alazán, las guiraldas de humo gris procedentes de las fogatas. Mogadiscio escondía sus heridas en la cálida noche estrellada, entre las últimas piruetas de las palomas y las estelas rojas de las balas trazadoras. Era incluso hermoso. Sí, el ser humano se

* Este texto es una adaptación de uno de los capítulos del último libro publicado por el autor: El espejismo humanitario (Editorial Debate 2004).

acostumbraba a cualquier situación. Aunque, sin darnos cuenta, cada tarde adelantábamos unos minutos la hora de nuestro Jack Daniel's con Pepsi.

La política interna de la lejana tierra del bourbon y la cola que ahogaban nuestra congoja iba a afectarnos de forma muy directa. El 3 de noviembre de 1992, George Bush padre perdió las elecciones que le habrían otorgado un segundo mandato. En enero de 1993, Bill Clinton ocuparía su asiento. Antes de retirarse a Texas, Bush decidió hacer algo que le permitiera ser recordado como un hombre de principios. La hambruna bélica de Somalia llevaba meses en las pantallas y causaba furor entre los famosos. Hasta Sofía Loren pasó por Mogadiscio a dar de comer potaje a esqueletos vivientes delante de las cámaras. Una acción humanitaria en Somalia, no vinculada a intereses geoestratégicos, sería el perfecto colofón a su carrera y reafirmaría el futuro papel benévolo de los ejércitos. Así nació la operación *Restore Hope*, Devolver la Esperanza.

A principios de diciembre de 1992, el Consejo de Seguridad aprobó la Resolución 794. Autorizaba a los países miembros a utilizar los medios necesarios para garantizar la seguridad de las tareas de socorro a la población somalí. Íbamos a ser testigos de la primera intervención militar humanitaria de la historia impuesta por las armas. Tim se quedó mudo cuando le di la noticia.

—Esto va a ser un show —dije al ver que no reaccionaba.

—Sí Didi, va a ser Showmalia.

El día 9 del mismo mes estábamos en la azotea tendidos al sol como iguanas, con una revista en una mano y una bebida en la otra. Un helicóptero de combate afloró por sorpresa detrás de un montículo y nos sobrevoló a muy baja altura. Vimos el United States Army en el costado y les recibimos con el vaso al cielo. El piloto dio dos vueltas a nuestro alrededor, mientras saludábamos al tipo impávido que sostenía la ametralladora lateral e insistía en poner cara de aguerrido. Imagino que dos blancos en bañador, con gafas de sol, colorados como gambas y ondeando un refresco no encajaban con la imagen de ‘peligrosa misión’ les habían inculcado en el *briefing* previo a la operación. Luego vimos en el televisor las imágenes del desembarco nocturno de los *marines*, con las caras pintadas, sorprendidos por los flashes de los 400 periodistas que les estaban esperando. Ni la Metro Goldwyn Mayer lo habría hecho mejor.

Los autóctonos acogieron a los soldados de la paz con júbilo y muchas esperanzas que se desvanecían semana a semana. El contrabando de armas era imparable y los señores de la guerra dominaban la situación. En la calle tampoco había ningún intento de restablecer el orden. Los americanos insistían en que su objetivo se limitaba a proteger la distribución de la ayuda, no habían venido a ejercer de policías ni a acabar con las hostilidades. Demasiada filantropía con galones, una postura difícil de comprender para los somalíes y también para nosotros. Ejércitos que aterrizaran en Mogadiscio para hacer de ONG. Luchadores profesionales más preocupados por su seguridad y por la de los paquetes de alubias que por estabilizar la situación y poner fin al conflicto culpable de la crisis. Atajar las consecuencias e ignorar las causas, una capitulación de las responsabilidades políticas y morales de los gobiernos que les enviaban.

Durante 1993 las cosas sólo fueron de mal en peor. Las denuncias de torturas, violaciones y abusos perpetrados por las fuerzas extranjeras figuraban ya en las portadas de los periódicos. La invasión planeada para ‘Devolver la Esperanza’ se había transformado en la carrera para ‘Desaparecer del Mapa’. Y llegó el apocalipsis. Cerca de radio Mogadiscio, los milicianos de Aideed abatieron a 24 cascos azules paquistaníes, una de las mayores matanzas de la historia de la ONU. Una oleada de violencia inundó la ciudad. Dos Black Hawk fueron derribados, más de 300 civiles y 18 *rangers* estadounidenses perecieron. Los cuerpos americanos, desnudos y mutilados, fueron arrastrados por las calles. La CNN transmitió las imágenes a los comedores del Tío Sam, nada que ver con el orgulloso desembarco caritativo del diciembre anterior. Clinton anunció la retirada definitiva de sus hombres. El Pentágono, con una extraña lógica, bautizó la debacle como La batalla del Mar negro. Los somalíes, más cáusticos, la llamaron El día del *ranger*.

En primavera de 1994, los militares occidentales abandonaron Somalia. Los héroes que fueron a Devolver la Esperanza habían sido derrotados, víctimas de su ingenuidad humanitaria. Muchas ONG huyeron con ellos. El conflicto siguió su curso, pero Somalia se convirtió en una palabra tabú, en un recuerdo molesto, y cayó en el olvido.

Jordi Raich
www.jordi-raich.com